



Birgitta Leander

“Destinos cruzados: México, Suecia y Francia”

p. 249-256

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

LEÓN-PORTILLA PROFESOR



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



DESTINOS CRUZADOS: MÉXICO, SUECIA Y FRANCIA

BIRGITTA LEANDER

¡Acuérdate, Miguel!

*Había un sol incesante
en México, aquel día,
y estabas ahí, de pie, en tu cátedra,
mientras yo, estudiante originaria del Gran Norte,
apenas tenía veintiún años
y la vida adulta recién comenzaba.*

Luego de concluir el bachillerato en un liceo situado a orillas del lago Mälär, cerca de Estocolmo, Suecia, y cuando emprendía mi primer año de odontología en una universidad del norte de Alemania, fui seleccionada, para mi gran sorpresa, para ir becada a Estados Unidos. Era una oportunidad que casi no podía rehusar, pese a que significaba un paréntesis de un año en mis estudios de medicina.

El *deep South* de Estados Unidos de aquellos años —justo en seguida de los acontecimientos de la revuelta de negros en Little Rock— era un universo opresivo y terrible. La presunta “política de integración” de los negros en la universidad donde yo me encontraba, la de Carolina del Norte —tres negros en una población de treinta mil estudiantes—, no hacía sino acentuar una injusta situación prevaleciente durante siglos y que me escandalizaba.

Mi indignación estaba ligada, sin duda, a mi sentimiento de identificación —a través de los cuentos que me narraba mi abuela, los cuales provenían de lo más hondo de la cultura saami del norte de Escandinavia— con la problemática general de los pueblos autóctonos, minoritarios y oprimidos del mundo. Acaso ello originó también mi interés, más tarde, por la situación de los indios de América Latina y, más particularmente, por los de México.

Pero lo que me irritaba casi tanto como la situación de los negros de Estados Unidos era ver lo que he llamado —en mi libro *Harvests of Greed: Man and his Environment in Growth Society*, publicado en inglés y en sueco “consecuencias nefastas del hiperdesarrollo”, es decir, la supermecanización, la deshumanización, la alienación y la soledad que se abren paso en

los países industrializados y demasiados modernos. Estos fenómenos parecen en Estados Unidos diez veces más agudos que en mi propio país, donde se habían manifestado antes y de manera más intensa que en el resto de Europa a causa de la neutralidad de Suecia durante la segunda guerra mundial.

Esta doble indignación ante el mundo situado al norte del río Grande —el cual, sin embargo, me había ofrecido generosamente la beca que me permitió atravesar de manera gratuita el Atlántico y estudiar un año en Estados Unidos— había suscitado en mí la imperiosa necesidad de echar al menos una ojeada, antes de volver a Europa y reanudar mis estudios de medicina, en el mundo misterioso que se ocultaba al otro lado de aquel río. Tal oportunidad me llegó cuando hallé, en la Casa Internacional de la Universidad de Columbia, en Nueva York, un anuncio intitulado *Riders wanted*, el cual invitaba a participar, con un grupo de estudiantes de diversos países y mediante el pago de la gasolina, en un viaje de cuatro semanas a México. Lo que no supe entonces fue que mi estancia en este país iba a prolongarse en principio durante meses y luego años, y que los descubrimientos y las experiencias vividas aquí iban a imprimir un giro definitivo en mi carrera y a influir en mi vida entera.

El mundo que saltó a mis ojos al atravesar la frontera de México me fascinó inmediata y completamente. Las cuatro semanas de vacaciones previstas se convirtieron en cuatro largos años de estudios, de investigaciones, de aprendizaje de la lengua náhuatl y de desciframiento de la escritura precolombina, y culminaron con la obtención de un diploma universitario —no de odontología, sino de etnolingüística— y con la aparición en México de la primera edición de mi libro *Herencia cultural del mundo náhuatl a través de la lengua*.

La razón profunda de semejante viraje completo en mi vida se resume en tres palabras: *Miguel León-Portilla*.

Conocer, en la Universidad Nacional Autónoma de México, a Miguel León-Portilla —a la sazón joven profesor de unos treinta años y director del Seminario de Cultura Náhuatl, en el cual han participado tantos y tan entusiastas jóvenes provenientes de diversos horizontes, convertidos más tarde en especialistas de gran renombre en sus respectivos países resultó decisivo, en efecto. Su profunda erudición, sumada a su evidente carisma y su gran pasión —diría, incluso, su amor— por su especialidad (los estudios sobre la cultura náhuatl, su lengua y su escritura), así como sus vastas lecturas referentes a otras culturas y otros periodos históricos, con los cuales es capaz de establecer constantemente fascinantes paralelos, me impresionaron al grado de que, a partir de ese momento, el mundo cambió para mí.

Me encontraba como iluminada por una especie de fuego interior, una intensa sed de conocer más a fondo ese mundo del que nuestro maravilloso profesor hablaba con tanta elocuencia en sus cursos, y yo sentía que nada

podía interesarme más en el mundo que profundizar, más y cada vez más, mi conocimiento del universo del México precolombino.

Mis padres, desde Suecia, se ponían cada vez más nerviosos. ¿Por qué su joven hija no regresaba como estaba previsto? ¿Qué vida llevaría en esas lejanas y exóticas tierras? Ellos intentaban hacerme volver al enviarme cada vez menos dinero —lo que, a decir verdad, casi no constituía un obstáculo, habida cuenta de que la hospitalidad mexicana, sobre todo entre quienes padecen más carencias, casi no conoce límites.

Pero esto podría ser objeto de toda una novela, que tal vez escribiré algún día. Sería un libro sobre mi familia mexicana, mi “abuelita mexicana”, mis innumerables “primos” y “primas” del barrio pobre de Nativitas, en México. Narraría en él la historia del refrigerador que les compré con mi primer salario internacional y que ellos conservaron durante todo un año con su mariposa de seda roja, a mitad de la sala, sin darle uso para evitar ensuciarlo. También contaría en él la historia de doña Eulalia, del poblado náhuatl de Tepoztlán, quien me vestía como “india blanca”, con la indumentaria tradicional del pueblo, al tiempo que me decía: “Para que te veas mujer”. Ella misma, cuando volví a visitarla unos años más tarde, colocó en mi bolso de mano unos huevos recién puestos por las gallinas de su corral, para mi regreso a la ciudad.

Esa misma generosidad profunda, en otro nivel muy diferente y multidimensional —generosidad material, pero sobre todo espiritual—, la encuentro en Miguel. Porque poseer esa capacidad de transmitir a los demás los frutos de su propia riqueza de conocimientos, compartir con ellos su propio amor por las cosas hermosas e interesantes, ser un maestro que suscita en sus discípulos la eclosión de una vocación, la afirmación de una razón de ser, la pasión del saber, ¿no es la forma más sublime de la generosidad humana?

Y heos aquí en Francia, donde trabajo desde hace algunas décadas, un puñado de hombres y mujeres —tus antiguos alumnos en el Seminario de Cultura Náhuatl—, solamente algunas de las muchas personas cuya vida cambió de dirección después de haber tenido el privilegio de beneficiarse con tus enseñanzas, Miguel, o para quienes el misterioso mundo precolombino se iluminó, salió de las tinieblas de la ignorancia y de los prejuicios para siempre, luego de haber escuchado una de tus conferencias más que espléndidas.

Uno de tus compatriotas, residente en París, Federico Serrano, dijo a propósito de ti, Miguel: “tener un compatriota como Miguel León-Portilla me hace sentir enormemente orgulloso de ser mexicano”.

Y hemos venido de todos los rincones del mundo para volvernos mexicanos de corazón gracias a ti, Miguel. Está aquel a quien nombraste *Holantécatl*, Rudolf van Zantwijk; están aquí escandinavos, alemanes, tus antiguos estudiantes franceses —como Georges Baudot, Jacqueline de Durand-Forest y Jean-Clarence Lambert— y tantos otros más, anónimos o conocidos.



Recuerdo también que eras un profesor exigente y que sentía por ti una extraña mezcla de admiración y miedo. No era un temor destructivo, sino más bien la expresión de un profundo respeto y la conciencia del desafío de perfeccionar nuestro saber y multiplicar más y siempre nuestros esfuerzos, de avanzar más. Esta exigencia rendía sus frutos y nos motivaba, pues sentíamos que si tú alguna vez elogiabas nuestro trabajo, ello era verdaderamente bien merecido.

Después de haber estado juntos en México, hemos vuelto a vernos algunos años más tarde en España, donde yo trabajaba en mi doctorado en historia y etnología mesoamericanas. Fue con motivo de un Congreso de Americanistas. Tú no lo olvidarás, porque fue ahí donde conociste a quien sería tu esposa, la adorable Chonita, que ha compartido contigo tu vida y tus indagaciones. Yo he tenido el privilegio de asistir a tu boda, en la que recuerdo haber cantado para ustedes dos, la canción náhuatl *Nonantzin, ihcuac nimiquiz* (Querida madre, cuando yo haya muerto).

Me hizo muy feliz verte tan complacido y el destino quiso que yo también, en el mismo periodo y el mismo país, trabara conocimiento con un chileno —hoy profesor en la Sorbona, aquí, en París—, con quien después he compartido mi vida.

Después de eso, muchos años han transcurrido sin vernos, tú de un lado del Atlántico y yo del otro.

*Den chilenska situatuionen
hade fatt mig att atervanda
till Sverige,
till vinter, til snö och till skogar,
till Uppsala Universitet.*

Vestía tu chaqueta y tus zapatos
y llegaba a tener
hasta dieciocho alumnos
en mis cursos de náhuatl
que daba en la Universidad de Uppsala,
entre las nieves profundas de Suecia.

Y, mientras tanto, tú seguías
allí en México
tu brillante camino
y te volvías
un gran hombre
internacionalmente
conocido y apreciado.

Cuando me enteré, hace algunos años, de que habías sido nombrado embajador, en París, ante la organización donde yo misma trabajo —la UNESCO— y que mi antiguo profesor admirado se volvía en cierto modo mi colega, sentí que era demasiado hermoso para ser verdad.

Me acuerdo del discurso pronunciado por el ministro argentino en la conferencia general, en ocasión de tu llegada, y en el cual mencionó que nos habíamos conocido tantos años atrás. Recuerdo haber intuido en ello un augurio y pensado que no podía dejar pasar tal oportunidad sin que al menos un libro saliera de nuestras manos reunidas.

Y tú verdaderamente no perdiste el tiempo durante tus años como embajador en París. No sé cuántas personas se convirtieron al “mexicanismo” en el curso de las abundantes conferencias que dictaste en múltiples lugares de Francia y que deben sin duda contarse por centenas. Recuerdo tus discursos en las reuniones de la UNESCO —lúcidos y provocadores—, los cuales todavía hoy se evocan en los pasillos de la Organización. A ello se agregaron al menos tres libros en francés —cada uno escrito en colaboración con uno de tus discípulos de Francia—, resultado de tus fructuosos años en calidad de embajador en París.

Constituye para mí una enorme satisfacción informar que se ha concluido un contrato con Éditions L’Harmattan y la UNESCO para publicar el libro que escribimos conjuntamente durante los años que residiste en París, *Anthologie náhuatl. Témoignages littéraires du Mexique indigène* (Antología náhuatl. Testimonios literarios del México indígena), completísima recopilación en lengua francesa de la literatura náhuatl, en verso y en prosa, de los tiempos precolombinos hasta nuestros días, pasando por el periodo colonial.

También colaboramos en París en otro hermoso proyecto: *Destin croisés. Cinq siècles de rencontres avec les Amérindiens* ([Destinos cruzados: cinco siglos de encuentros con los amerindios] Albin Michel y la UNESCO, París, 1992), obra colectiva coordinada por Joëlle Rostkowski, sobre los contactos de Europa con la América central y del norte, así como en el homenaje tributado al gran mexicanista francés Jacques Soustelle, *Mille ans de civilisation mésoaméricaine* ([Un milenio de civilización mesoamericana] L’Harmattan, París, 1933), libro coordinado por Jaqueline de Durand-Forest.

Para dar a probar nuestra antología de literatura náhuatl, de próxima publicación, me gustaría incluir un extracto de la misma: dos poemas en lengua náhuatl escritos por un poeta contemporáneo cuyo nombre es Miguel León-Portilla.

El primer poema se intitula “Yohualli, Ehecatl”, que significa “Noche, Viento”.

*Zan ye nelli oninotlaz
in oztoc, in tepexic,
aocmo ye niqilnamiqui,*



*ye mochi oniquilcauh,
quen huel oniccac in icuica,
quen huel oniquittac in ixochiuh,
in Yehuatzin, Yohualli, Ehecatl.*

*Ahtle nihtic nicmati,
ye nellí motolinia noyollo,
¿in can in nonyaz?
in can nicnamiquiz
quen huel oniccac in icuica,
quen huel oniquittac in ixochiuh,
in Yehuatzin, Yohualli, Ehecatl.*

He aquí la traducción del texto al español.

En verdad me he arrojado
a una cueva, a un barranco,
ya no recuerdo,
lo he olvidado todo.
¿Cómo pude escuchar su canto?
¿Cómo pude contemplar sus flores?
Él, Noche, Viento.

Y yo mismo nada sé de eso,
en verdad mi corazón es pobre.
¿A dónde tendré que ir?
Allá donde descubra
cómo pude escuchar su canto,
cómo pude contemplar sus flores
Él, Noche, Viento.

El segundo poema se titula “Tochan in Altepetl”, que significa “Nuestra casa, la ciudad”.

*Tochan in xochitlah
tonameyoticac in altepetl,
ye in huecauh Mexihco Tenochtitlan;
cualcan, yeccan,
totlacamaniyan,
otechmohualhuiquili Ipalnemohuani,
nican catca totleyouh, tomazhuizouh in tlalticpac.*

*Tochan pocayautlan,
nequimilolli in altepetl,
ye in axcan Mexihco Tenochtitlan;
tlahuelilocatiltic tlahuacayan.
¿Cuix oc hueltiquehuazqueh nican in cuicatl?
Nican otechmohualhuiquili Ipalnemohuani,
nican catca totlenyouh, tomahuizouh in tlalticpac.*



Ésta es su traducción al español:

Nuestra casa, preñada de flores,
la ciudad de los rayos de sol,
¡México-Tenochtitlan de los tiempos antiguos
Hermoso lugar, buen lugar,
nuestra morada, para nosotros los humanos,
el Dador de la vida nos condujo a ella,
allá estaba nuestra gloria, nuestro renombre en la tierra.

Nuestra casa, niebla de humo,
ciudad mortaja,
¡México Tenochtitlan de ahora!
Lugar enloquecido por el ruido.
¿Podremos todavía elevar nuestro canto?
Aquí nos trajo el Dador de la vida,
aquí estaba nuestra gloria, nuestro renombre en la tierra.

[Traducido del francés por Carlos Valdez Ortiz]



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS